**SEXTO DOMINGO DE PASCUA**

**VISITA DEL LIGNUM CRUCIS DE SANTO TORIBIO DE LIÉBANA**

**S.A.I. Catedral, 6 de mayo de 2018**

Queridos hermanos en el Señor:

¡Qué día tan dichoso para nuestra comunidad diocesana de Astorga! ¡Cuánto agradecimiento nos corresponde dar a nuestros hermanos de la Diócesis de Santander que, unidos a su obispo, mi querido hermano D. Manuel Sánchez, han tenido la delicadeza de peregrinar, custodiando la reliquia de la Santa Cruz, hasta esta ciudad donde Santo Toribio la trajo desde Jerusalén en el siglo V! Pido al Señor que os bendiga con abundantes frutos, especialmente con vocaciones al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada.

Ante nosotros tenemos una reliquia, un icono de la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo que evoca en nosotros, hombres y mujeres del siglo XXI, el significado de la Pasión, muerte y resurrección del Señor. Jesús, agotado por las torturas recibidas y por la sangre derramada, cargó sobre sus hombros este leño. Jesús fue clavado en este madero para solidarizarse con todos los hombres que están clavados al sufrimiento de una enfermedad incurable, de una situación irreversible, de una vida esclavizada por la injusticia, la inmigración y la pobreza. Jesús expiró en este madero después de haber perdonado a sus verdugos, admitido en su Reino al buen ladrón, entregado a su Madre al discípulo amado y encomendado a Dios Padre su espíritu. Colgado aún de este madero santo entregó el Espíritu y de su costado brotó sangre y agua, símbolos de la Iglesia. De este madero lo bajaron su madre y los discípulos que permanecieron fieles hasta el final para enterrarlo en un sepulcro nuevo. Todos estaban desconsolados y desorientados. Sólo María, su madre, esperaba con fe que Dios cumpliera en su Hijo Jesucristo la promesa del Salmo 91: “Me invocará y lo escucharé, lo defenderé, lo glorificaré, lo saciaré de largos días y le haré ver la salvación”. En fin, este madero inerte fue testigo impasible de la resurrección del Señor y por sus efectos quedó transformado en árbol de la vida nueva.

¡Qué inmenso y profundo el Misterio que nos revela esta reliquia que hoy veneramos y adoramos en esta Santa Apostólica Iglesia Catedral de Astorga! ¡Qué dichosos somos los que nos acercamos a ella con fe para adorar y bendecir a Cristo que en la Santa Cruz redimió al mundo de la muerte y del pecado!

Estamos en el tiempo pascual. Cristo resucitado mostró a sus discípulos las marcas de los clavos en las manos, en los pies y en el costado. Vieron y creyeron que el Resucitado era el mismo que había sido crucificado. Los cristianos contemplamos la Cruz desde la resurrección de Cristo y por tanto, para nosotros este madero ya no es un instrumento de tortura y de muerte sino un signo de vida nueva, de paz, de perdón, de justicia y de amor infinito.

La Santa Cruz es signo de una vida nueva que se ofrece a todo hombre: la vida eterna. No sólo es signo de esa vida, es realidad. Efectivamente, en la Santa Cruz, Cristo no sólo nos revela la misericordia divina y su perdón sino que nos invita a participar de la redención que él conquistó con su sangre. En este sentido el Misterio que acontece en la Cruz ofrece a la humanidad un nuevo horizonte. Por la Cruz y la resurrección de Cristo aparece para el hombre que cree en Cristo una esperanza nueva: La vida en el Espíritu, la vida de la gracia que lo conduce a la gloria. Es como si naciera de nuevo, pues, unido por el bautismo a la muerte y resurrección de Cristo, pasará de ser un hombre terrenal a un hombre espiritual. Ahora bien, el hombre espiritual no es un espíritu puro como los ángeles, es un cuerpo espiritual que aún lleva consigo las marcas del sufrimiento, del pecado y de la muerte y está limitado por la finitud del tiempo y del espacio. Pero, ciertamente, en él existe ya el germen de una nueva realidad porque, en palabras del apóstol san Pablo: “en esperanza ha sido salvado” (Rm 8, 24).

Hoy se ha puesto de moda en algunas capas sociales una forma de espiritualidad que busca la paz interior y el bienestar del alma para eliminar todo sufrimiento. Creen que por medio de técnicas de relajación, ejercicios corporales y quietud espiritual pueden superar por sí mismos enfermedades, dolores y sufrimientos. Estas prácticas pseudoreligiosas pueden aliviar un momento los tormentos de la vida; pero nunca podrán regenerarla y transformarla como lo hace la gracia de Cristo derramada por el agua y el Espíritu en el bautismo. No seamos ingenuos. No nos dejemos embaucar por concepciones del mundo y del hombre panteístas, esotéricas y enigmáticas que producen en las personas graves daños en su alma. Confiemos en Dios que no ahorró el sufrimiento de su Hijo Jesucristo sino que lo entregó a la muerte donde nos reveló su amor, verdadero y auténtico bálsamo que cura las heridas del mal. Benedicto XVI nos lo advertía cuando afirmaba en la Encíclica sobre la esperanza ( *Spe salvi* ): “Podemos tratar de limitar el sufrimiento, luchar contra él, pero no podemos suprimirlo. Precisamente cuando los hombres, intentando evitar toda dolencia, tratan de alejarse de todo lo que podría significar aflicción, cuando quieren ahorrarse la fatiga y el dolor de la verdad, del amor y del bien, caen en una vida vacía en la que quizás ya no existe el dolor, pero en la que la oscura sensación de la falta de sentido y de la soledad es mucho mayor aún. Lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito” (SS 37).

La Santa Cruz es signo de reconciliación, de unión y de paz para el hombre y para el mundo. El Señor anunció a sus discípulos antes de morir: “Cuando yo sea elevado sobre la tierra atraeré a todos hacia mí”. Y el evangelista san Juan apostilla: “Esto lo decía dando a entender la muerte de que iba a morir” (Jn 12, 32-33). San Pablo, por su parte, interpreta el Misterio de la muerte de Cristo en la Cruz desde una perspectiva de reconciliación de los hombres con Dios y de los hombres entre sí: “Todo procede de Dios que nos reconcilió consigo por medio de Cristo y nos encargó el ministerio de la reconciliación: Porque Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirles cuenta de sus pecados y ha puesto en nosotros el mensaje de la reconciliación… En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios” (2 Cor 5,18-20).

Efectivamente, Cristo pagó por nuestros pecados con su muerte en la Cruz. Estamos perdonados, reconciliados, justificados y en paz. Esta es la Buena Noticia. Conservemos en nosotros esta paz y extendámosla por todo el mundo. Es la paz de Cristo resucitado que nos dice: “Mi paz os dejo, mi paz os doy” (Jn 14, 27). El cristiano que porta en su pecho la cruz debe portar en su corazón la paz, en sus manos la unión y en sus labios palabras de reconciliación y perdón. La Iglesia que nace del agua y de la sangre vertida del Corazón de Cristo muerto en la Cruz, debe ser en el mundo instrumento de reconciliación y de unión de todos los pueblos.

En algunos ambientes sociales se pide la retirada de la cruz para poner en su lugar otros signos o banderas. Algunos creen que esto es un signo de progreso. Yo me pregunto ¿Por qué molesta la presencia de la cruz que es un signo de fe, de vida nueva y de paz, un signo de perdón, de solidaridad y de amor a todos? ¿No consiste en esto el verdadero progreso de la humanidad? Es incoherente en una sociedad que predica y apoya la inclusión y el respeto a la diversidad, que excluya del ámbito público y social lo signos religiosos.

La Santa Cruz es signo del amor de Dios a su Hijo y del Hijo al Padre. Nos evoca el amor de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, por todos y cada uno de nosotros. Cada vez que hacemos la señal de la cruz o la besamos recordamos ese amor divino por todo el mundo y al mismo tiempo recordamos que somos amigos de Dios y hermanos de todos los hombres a quienes tenemos que amar como Jesús nos amó desde la Cruz. Ese amor divino no es algo pasado y desconectado con los hombres del siglo XXI sino que diariamente se actualiza en el sacrificio eucarístico y en la práctica del amor fraterno, especialmente con los más necesitados.

Acudamos a Nuestra Madre, Asunta a los cielos, para que nos ayude a entender y a vivir el Misterio de la muerte y resurrección de su Hijo, Nuestro Señor Jesucristo.

† Juan Antonio, obispo de Astorga